

DOMINGO DE SEXAGÉSIMA.

El evangelio de hoy es una especie de prefacio ó introduccion que la Iglesia coloca al frente de los otros evangelios dominicales que siguen, particularmente de los de la Cuaresma. Como durante la Cuaresma la palabra de Dios suele predicarse con mas frecuencia y empeño que en las demás estaciones del año, la Iglesia creyó oportuno poner hoy un evangelio que preparase el ánimo de los fieles para la predicacion, y les sirviese como de disposicion próxima para oirla con fruto : y ciertamente no podía escoger otro ni mas eficaz ni mas oportuno, que el que contiene la parábola del sembrador que salió á echar su semilla en el campo. Si el cura sabe desenvolver bien el sentido de esta parábola, y dar á sus feligreses una exacta idea de todos los pensamientos que encierra, podrá decir que desde hoy tiene echados los primeros cimientos á su predicacion, y que ellos están preparados para aprovecharse de cuanto les dirá, no solo en la Cuaresma, sino tambien en lo restante del año.

Como este asunto es muy vasto, y no es fácil decir en una sola plática todo lo que acerca de él ha de saber el pueblo, quizá no convendrá empeñarse en querer decirlo todo de una vez, sino por partes, hablando un año del cuidado que se ha de tener en acudir á escuchar la divina palabra, en otro de las disposiciones con que se ha de oír, y en otro de los obstáculos que impiden el oirla con fruto. Estas tres ideas vamos á reunir las en el siguiente sermon, dejando á la eleccion de los curas el predicarlas, ó todas de una vez, ó separándolas unas de otras, con-

forme lo juzgaren mas conveniente : advirtiéndoles que, si se deciden por lo último, será menester amplificarlas un poco, y darles algo mas de extension.

Palabra de Dios predicada.

Semen est verbum Dei. (Luc. VIII, 11).

Un dia que el Salvador predicaba á una gran multitud de personas que se habian reunido de las poblaciones vecinas, quiso darles una idea del poco fruto que reportaba de su predicacion, y para ello se sirvió de la siguiente parábola : «Salió un hombre á sembrar, y mientras iba sembrando, parte «de la semilla cayó junto al camino público, parte cayó sobre piedras, parte entre espinas, y parte en tierra buena. La «que cayó junto al camino no dió fruto alguno, porque ó fue «pisada por los transeuntes, ó se la comieron las aves : la que «cayó sobre piedras tampoco pudo fructificar, porque, como «le faltaba el humor, apenas hubo nacido, comenzó á marchitarse, y en breve se secó : tampoco fructificó la que cayó «entre espinas, porque, habiendo estas crecido mucho, la «cubrieron por todas partes, y al fin la ahogaron : solo dió «fruto la que cayó en tierra buena ; y esta sí que lo dió tan «abundante, que el dueño cogió el ciento por uno.» Dicho esto, levantó el Señor la voz, y añadió : «Quien tenga oídos para oír, que lo oiga.»

Y pasando despues á declarar el sentido de esta parábola, lo hizo en estos términos : «La semilla significa la palabra de Dios predicada : *Semen est verbum Dei*. Esta palabra de Dios predicada no hace igual efecto en todos. Unos la oyen ; pero «viene luego el demonio, y se la quita del corazon : y en estos es como la semilla que cae junto al camino. Otros la oyen «tambien, y con gusto ; pero la buena impresion dura poco,

«pues en presentándose una tentacion obran como si nada hubiesen oido : y en estos es como la semilla que cae sobre piedras. Otros la oyen igualmente, y aun llegan á concebir santos deseos ; pero sumergiéndose luego en los cuidados de esta vida, olvidan sus buenos propósitos : y en estos es como la semilla que cayó entre espinas. Otros en fin la oyen, la conservan, la meditan ; y estos, cual tierra fecunda y bien dispuesta, la hacen fructificar abundantemente.»

¿ Por qué pensais, cristianos, que la Iglesia nos propone hoy esta parábola del Salvador? Nos la propone porque, como estamos próximos á la Cuaresma, y en este tiempo la palabra divina suele resonar con mas frecuencia y fervor, quiere comenzar á disponernos para oirla con fruto, á fin de que no sea como semilla que se pierde. Para entrar en esta buena disposicion es menester saber anticipadamente tres cosas : 1.^a la obligacion y necesidad que teneis de venir á oirla : 2.^a la preparacion de ánimo con que la debeis oir : 3.^a los obstáculos que suelen impedir su fruto cuando se oye. Escuchadme atentamente, que el sermon de hoy puede decirse que es la base y el fundamento de todos los sermones.

Vosotros comunmente creeis que el venir á oir la palabra divina es una cosa libre, voluntaria, y que se puede hacer ú omitir sin ningun gravámen de conciencia ; pero os advierto desde ahora que no es así. Oir la palabra de Dios no es un puro acto de devocion, sino un precepto impuesto por el derecho eclesiástico, natural y divino. ¿ Os admira esta proposicion? Me será muy fácil probarla. En cuanto al derecho eclesiástico, oid cómo se explica el santo concilio de Trento. Tengan los obispos gran cuidado de avisar y hacer comprender al pueblo, que cada uno está obligado á asistir á su parro-

quia para oir la divina palabra, cuando cómodamente pudiese : *Moneatque episcopus populum diligenter, teneri unumquemque parochiæ suæ interesse, ubi commodè fieri potest, ad audiendum verbum Dei*¹. Notad aquella palabra *teneri* de que usa el Concilio, la cual, traducida en español, no puede significar otra cosa que *estar obligado*, como conocerá cualquiera que haya estudiado el latin. Ella no quiere decir que peque desde luego quien falta á uno que otro sermon, sobre todo si fuese por necesidad ó conveniencia : el Concilio declara bastante su mente cuando dice, que la obligacion de oir la palabra de Dios tiene lugar, no siempre, sino cuando puede cómodamente hacerse : *Ubi commodè fieri potest*, es decir, cuando no hay impedimento, necesidad ó conveniencia que lo impida. Pero siempre resulta que hay obligacion de oir la palabra divina, si no siempre que se predica, á lo menos algunas veces ; si no en todo caso, á lo menos cuando hay oportunidad. ¿ Qué dirémos, pues, de esos cristianos que tienen por sistema no asistir á ningun sermon, y que por no oir predicar salen de la iglesia? Sin temor de pasar por rigorista digo, que por solo esto están en gran peligro de conciencia, pues no solo contravienen al derecho eclesiástico, sino tambien al divino.

Que el oir vosotros la palabra de Dios sea una obligacion impuesta por el derecho divino, se deduce claro del precepto divino que nos obliga á nosotros á predicarla, pues, como enseñan los teólogos, cuando se manda expresamente una cosa, se manda tácitamente todo aquello sin lo cual el tal mandamiento quedaria vano é ilusorio. ¿ Por qué decimos que la confesion auricular de los pecados está mandada por el derecho divino? Porque en el mismo derecho está expreso el poder y la obligacion que tienen los sacerdotes de perdonarlos

¹ Conc. Trid. sessio. 24, Decret. de Reform. cap. 4.

judicialmente ; y esto seria imposible, si no se sujetasen á la confesion. Pues del mismo modo, debiendo nosotros por derecho divino anunciaros la palabra de Dios, ¿no estaréis vosotros obligados por el mismo derecho á oirla, puesto que anunciar y oír son dos cosas correlativas, las cuales no pueden hacerse, ni aun concebirse, la una sin la otra? Suponed que os fuese libre el venir á oír la divina palabra, ¿qué uso podríamos nosotros hacer de aquella potestad que Jesucristo nos dió, cuando en persona de los Apóstoles nos dijo : Enseñad á todas las gentes... y enseñadles á observar todo lo que os he mandado? *Euntes ergo docete omnes gentes... docentes eos servare omnia quæcumque mandavi vobis*¹. ¿De qué serviria aquel precepto del mismo Salvador que nos dice : Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á todas las criaturas? *Euntes in mundum universum, prædicate Evangelium omni creaturæ*². Ya lo veis, cristianos, si vosotros no estais obligados á escuchar la palabra de Dios, en vano tenemos nosotros la comision de predicarla, en vano Jesucristo nos ha hecho el encargo de anunciarla por todo el mundo.

Mas que el oirla sea mandado por el derecho natural, ¿quién puede dudarlo? La palabra divina es el alimento del alma, así como el pan material es el del cuerpo, como dice Jesucristo : *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei*³ : alimento que la cura si está enferma, que la fortifica si está débil, que la resucita si está muerta : alimento sin el cual es moralmente imposible conserve la vida de la gracia, y de consiguiente alimento útil, necesario, indispensable. Ahora bien, el buscar el alimento necesario ¿no es una obligacion natural, y una ley que la naturaleza misma impone á todo viviente? Mirad cómo las avecillas para

¹ Matth. xxviii, 19, 20. — ² Marc. xvi, 15. — ³ Matth. iv, 5.

hallarlo abandonan sus amados nidos, cómo bajan á tierra á buscarlo con afan y solicitud, y cómo por un granito de mijo se exponen á caer en el lazo que les tiene preparado el cazador. Mirad cómo las fieras desamparan de noche sus antros y cavernas, cómo recorren diligentes los campos y los desiertos, y cómo por una cabeza de ganado entran en los rediles y corrales, abandonándose á la persecucion de los perros y de los pastores. ¡Ah, cristianos, qué lecciones son estas! Si las bestias, obedeciendo á una ley de la naturaleza, buscan el alimento corporal á costa de mil afanes y peligros, ¿no os creeréis vosotros obligados por la misma ley á buscar vuestro alimento espiritual, pudiendo hallarlo sin ningun trabajo ni fatiga? ¡Oh cuánto temo que en vuestro descuido y negligencia anda oculta la mano del demonio! Ya sé que la pereza, que las ocupaciones, que el fastidio pueden ser las causas de que muchos no vengais á oír la palabra de Dios ; pero al ver que la pereza solo suele apoderarse de vosotros cuando suena la campana de sermon, al ver que entonces precisamente os salen las ocupaciones cuando es tiempo de venir á la iglesia, al ver que nunca os asalta mas el fastidio que cuando se explica el Evangelio, ¿qué he de pensar, sino que esa pereza, esas ocupaciones, ese fastidio son sugeridos por el demonio, que, como dice Jesucristo, procura no se oiga la palabra de Dios, á fin de que los hombres, creyendo en ella, no se salven? *Venit diabolus, et tollit verbum... ne credentes salvi fiant*. Así que cuando en tiempo de venir á sermon os viene pereza, y os salen estorbos, pensad que es el demonio quien os los procura y rechazadlos como una tentacion y un engaño.

Mas no basta que vengais á oír la divina palabra ; para oirla con fruto es menester una cierta disposicion de ánimo. La disposicion mas necesaria es considerarla, no como palabra

de hombre, sino, como realmente es, palabra del mismo Dios. Así la consideraban los cristianos de Tesalónica cuando la oían de la boca de san Pablo, por cual motivo les escribió el mismo Apóstol estas palabras llenas de consuelo: No me canso de dar gracias á Dios, porque, oyendo vosotros mi palabra, la recibísteis, no como palabra de un hombre, sino, como es en realidad, palabra de Dios mismo: *Accepistis à nobis verbum... non ut verbum hominum, sed sicut est verè verbum Dei*¹. En consecuencia de esto, cuando vosotros oís algun sermón no debéis pararos en el hombre que predica, sino que, levantando el pensamiento mas arriba, debéis reconocer en él al mismo Jesucristo, quien por su boca os enseña, os avisa, os reprende, y os amenaza. Y que sea Jesucristo quien os habla por boca del predicador, lo aseguró Jesucristo mismo cuando dijo á los Apóstoles: Quien á vosotros oye, me oye á mí; quien os desprecia á vosotros, á mí me desprecia: *Qui vos audit, me audit: qui vos spernit, me spernit*². Ó cristianos, ¿qué fruto no sacaríais de nuestros sermones, si en nosotros reconocíeis la misma persona de Jesucristo? Si cuando decimos al impuro que deje sus abominaciones, pensase él que es Jesucristo quien se lo manda; si cuando decimos al blasfemo que ponga freno á su lengua, se persuadiese él que es Jesucristo quien se lo íntima; si cuando decimos al pecador inveterado que se convierta pronto, se figurase él que es Jesucristo quien se lo aconseja, ¿seria posible desoyesen nuestra voz?... Ved, pues, como la primera disposicion que debéis llevar es, considerar nuestras palabras como palabras del mismo Dios.

La segunda es tomar cada uno como dichas para sí las expresiones del predicador, guardándoos mucho de aplicarlas á

¹ I Thess. II, 13. — ² Luc. X, 16.

otros. Si cuando nosotros damos alguna correccion, reprendemos algun vicio, ó encargamos la práctica de alguna virtud, vosotros pensais que hablamos para los demás, os sucederá lo que aconteció á David cuando el profeta Natan fué á reprenderle por el adulterio que habia cometido con Betsabé, mujer de Urías. «Ó Rey, le dijo, en tus Estados hay un «hombre que acaba de cometer la injusticia mas atroz que jamás hayas oido. Este hombre ha querido obsequiar con un «espléndido convite á un amigo que fué á visitarle, y teniendo muchos bueyes y ovejas de que podia disponer, ¿qué dieras ha hecho? Ha robado á un pobre vecino suyo una sola «oveja que tenia, y con ella ha celebrado la venida de su «huésped.» Indignado sobremanera David contra el tal hombre, dijo al Profeta: Júrote por Dios que este hombre recibirá un castigo severo y ejemplar. Poco á poco, le respondió el Profeta, pues has de saber que este hombre delincuente no es otro que tú: tú eres quien, teniendo muchas mujeres con que podias saciar tus apetitos, acabas de robar la única que tenia el pobre y fiel Urías, haciéndola víctima de un detestable adulterio: *Tu es ille vir*¹. Apenas David entendió que la indirecta se dirigia á él, cual hombre que despierta de un profundo sueño, abrió los ojos del alma, conoció el gran pecado que habia hecho, y trató de borrarlo con una cumplida penitencia. Mientras creyó que Natan hablaba de otro sujeto, no cayó en la cuenta; pero tan pronto como se persuadió de que él era el objeto de la correccion, exclamó todo compungido: ¡Desgraciado de mí! ¿qué es lo que he hecho? He pecado contra mi Dios: *Peccavi Domino*².

Lo propio, cristianos míos, os sucederá á vosotros con las

¹ II Reg. XII, 7. — ² Ibid. 13.
10*

amonestaciones que damos desde el púlpito : mientras os imaginéis que van dirigidas á los otros, no os harán ninguna impresion, y de consiguiente ningun provecho ; desde el momento que las tomeis como dadas expresamente para vosotros, comenzarán á abrir brecha en vuestro corazon, y os dispondrán á oirlas con fruto. De consiguiente, cuando oís la divina palabra debéis hacer lo que hace un hambriento que se halla en un convite. ¿Qué hace este? No se cuida de servir y regalar platos á los que están sentados junto á él : lo que procura es servirse á sí mismo, y como si todas las viandas que se presentan solo fuesen para él, se arroja con avidéz sobre ellas, como dice el Espíritu Santo : *Effundit se super omnem escam*¹. Así, digo, debéis hacerlo vosotros cuando oís la divina palabra : procurad tomarla toda para vosotros, y no hagais como algunos que, estando oyendo al predicador, no hacen mas que regalar platos, esto es, aplicar á los otros cuanto le oyen decir. ¡Oh qué bien, dicen, cuadra esta pintura á aquella mujer! Parece que el predicador ha leído toda su historia.—*Lástima que aquel hombre no haya venido hoy al sermón... ¡oh si estuviese presente!*—*Vamos, que esta expresión no parece dicha sino para aquella jóven : si está en la iglesia, ya podrá entenderse.*—A estos se podría decir lo que las personas prudentes dicen á ciertos convidados cumplimentosos que, puestos á la mesa, no hacen mas que servir vianda á los otros : *Gracias, caballero, gracias : procure V. comer : es V. tan bueno, que para atender á los otros se olvida de sí mismo.* El hombre sábio, dice el Eclesiástico, y que mira por su bien, se aplica á sí todo cuanto oye de provechoso : *Verbum sapiens quodcumque audierit sciens, ad se adjiciet*². ¿Quereis,

¹ Eccli. xxxvii, 32. — ² Ibid. xxi, 18.

pues, vosotros sacar fruto de los sermones? Aplicaos lo que dice el predicador, y no os cuideis de los demás. Esta es la segunda disposicion.

Pero no basta aun aplicarse á sí mismo la divina palabra ; lo mas esencial y al mismo tiempo lo mas difícil es conservarla en el corazon á fin de hacerla fructificar. En vano nos escucharíais cual si os hablase el mismo Dios, en vano tomaríais como dichas para vosotros nuestras palabras, si despues de todo nouviéseis cuidado de conservar esta semilla celestial que hemos sembrado en vuestras almas ; al modo que de nada serviria al labrador haber sembrado buen grano en su campo, si luego viniesen las aves del cielo á comerlo. Por esto veréis que, despues que él ha sembrado el grano, su primera diligencia es cubrirlo con tierra, á fin de que fermente, eche raíces, y por este medio se haga fértil. ¿Qué os enseña esto? Que despues que vosotros habeis oido las verdades que se os predicán, debéis conservarlas dentro del corazon, á fin de que el alma las medite, las reflexione y las saboree. Bien sabe el demonio que lo principal es conservar la divina palabra en el corazon ; y por esto ya que no pueda impedir el que se oiga, procura á lo menos borrarla luego de la memoria, para que no tenga tiempo de fructificar : *Venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant.* Hace lo que tal vez habréis visto hacer á ciertos criados que sirven en las fondas, quienes, apenas habeis vosotros tomado un poco de un plato, os lo quitan luego de delante, sin daros tiempo para mas. Así el demonio, apenas habeis gustado un buen documento, un santo aviso, una saludable instruccion, procura solícito arrebatarosla luego del alma, á fin de que no tenga lugar de producir efecto. Por esto vuestro gran cuidado debe ser conservar la divina palabra con solitud, reflexionarla con detencion, y practicarla con fide-

lidad. Estas son las disposiciones indispensables para oirla con fruto : veamos ahora cuáles sean los obstáculos que suelen impedir el fruto cuando se oye.

Estos obstáculos están tan claramente marcados en el Evangelio de hoy, que con solo traducir sus palabras os los daré á conocer. El primero proviene de la distraccion de los sentidos, la que hace que cuando se está á sermón, en vez de estar atento á lo que dice el predicador, ya se derrama la vista sobre los objetos que rodean, ya se ocupa la imaginacion en cosas del mundo, ya se emplea la lengua en hablar con los del lado, ya se entrega el corazon á un sueño tan grato como inoportuno. Predicar á esta clase de oyentes es, dice Jesucristo, una cosa tan supérflua é inútil, como lo seria el sembrar grano junto á un camino público, que solo serviria para alimentar las aves : *Cecidit secus viam... et volucres cæli comederunt illud*. Porque, como dice san Pablo, ¿qué fruto puede sacarse de las palabras de un hombre, á quien ni siquiera se escucha? *Quomodo credent ei, quem non audierunt*¹? Si no se hace atencion á lo que dice el ministro del Evangelio, ó solo se le presta una atencion superficial, ¿cómo se le podrá seguir en todo el discurso? ¿cómo se comprenderá el peso de sus razones? ¿cómo se quedará convencido? Es imposible.

El segundo obstáculo proviene de cierta prevencion de espíritu con que algunos vienen á oír la divina palabra, creyendo que abultamos las cosas, ó que las enseñamos, no tales como realmente son, sino cual conviene á nuestro interés. Si ponderamos el rigor de los divinos juicios, dicen que lo hacemos para tener al pueblo atemorizado, y dominarlo por medio del miedo : si exponemos las ventajas de la virtud, dicen

¹ Rom. x, 14.

que lo hacemos para ganarnos partidarios, y medrar á su costa : si ponemos de manifiesto el horror y deformidad del vicio, dicen que *algo hemos de decir*, pero que en nuestras palabras hay mucho de hipérbole y exageracion. Esta es la necia acusacion que formulan contra nosotros, *que exageramos*. Pero ¿qué es lo que exageramos? les preguntaré yo : ¿exageramos el dogma? Este es tan sagrado, que no puede alterarse ; y si algun predicador lo alterase en lo mas mínimo, pronto acudiria la Iglesia á teparle la boca, y le impondria un severo castigo. ¿Exageramos el moral? ¡Ah! el moral del Evangelio es de sí bastante severo, para que haya necesidad de exagerarlo. ¿Exageraba el Bautista cuando decia á los judíos, que la segur estaba ya puesta á la raíz del árbol, y que si no hacian pronta penitencia, se perderian sin remedio¹? ¿Exageraba san Pablo cuando decia á los corintios, que ni los deshonestos, ni los avaros, ni los glotones, ni los blasfemos poseerian el reino de Dios²? ¿Exageraba el mismo Jesucristo cuando predicaba á las turbas, que la puerta del cielo es estrecha, y que solo entran por ella los que reprimen sus pasiones y hacen violencia á sus deseos³? ¿Y qué otra cosa decimos nosotros?

El tercer obstáculo proviene de parte de las pasiones, las cuales, como dice Jesucristo, á manera de espinas crecen en el corazon, y ahogan la divina palabra que se habia sembrado en él : *Aliud cecidit inter spinas, et simul exortæ spinæ suffocaverunt illud*. Para haceros comprender el grande impedimento que son las pasiones para sacar fruto de la divina palabra, me bastará un ejemplo sacado de los Libros santos. Va san Pablo á predicar á Félix, presidente de Judea, le habla de la obligacion que tiene de administrar justicia como

¹ Matth. iii, 10. — ² I Cor. iv, 10. — ³ Matth. vii, 14.

hombre público, y de la fidelidad conyugal que debe guardar como persona casada; y para inducirle á esto le hace una viva pintura del juicio final. A las palabras del santo Apóstol Félix se pone pálido, tiembla, y se estremece de horror. ¿Creeis, vosotros, que Félix va á convertirse? Nada de esto: en vez de seguir los consejos de tan eminente predicador, le impone silencio, y le dice: Basta, lo que es por ahora no haré lo que me predicás; en tiempo oportuno te llamaré, y trataremos del asunto: *Quod nunc attinet, vade: tempore autem opportuno accersam te*¹. ¿Y qué es lo que le impide el convertirse? ¿Qué quereis que sea? las pasiones que le dominan. Es un hombre codicioso que por el dinero vende la justicia, es un marido infiel que para entregarse mas libremente á la sensualidad ha repudiado á su legítima esposa: esto es lo que impide su conversion, no obstante la profunda impresion que le han hecho las palabras del Apóstol.

¡Ah! ¿á cuántos cristianos acontece lo que sucedió á aquel desventurado oyente? Se les predica sobre la necesidad de convertirse pronto á Dios, y para esto se les ponderan los horrores de la muerte, el rigor del juicio, y los tormentos del infierno. Al sonido de estas verdades espantosas se asustan, palidecen, tiemblan; pero ¿qué? cuando parece que su conversion á Dios es ya una cosa hecha y decidida, nos salen con que por ahora no, que los dejemos estar, que en adelante tal vez... ¿Qué es lo que los detiene? Son las pasiones, que abogan los buenos sentimientos que la palabra de Dios habia excitado en su corazon. Como Félix oyen la voz de Dios que los llama, conciben algun deseo de seguirla, y hasta responden con David: *Ecce nunc cepi*, ahora sí, Señor, que voy á convertirme: pero preséntanse luego las pasiones, y con

¹ Act. xxiv, 25.

voz quejosa les dicen como á san Agustin: ¡Qué! ¿ahora quieres dejarnos? ¿ahora vas á privarte de nuestras satisfacciones? ¿y por siempre? ¿por siempre?...

¡Infeliz el que escucha la voz de estas sediciosas sirenas! Como Félix se hace sordo á los llamamientos de Dios, sigue en su mal vivir, y ordinariamente muere en el pecado. No sea este vuestro comportamiento, mis amados fieles. Ya que Dios se digna haceros oír su palabra paternal, escuchadla con sollicitud, oidla con buena disposicion, y apartad de vosotros todos los obstáculos que pudieran impedirlos el oirla con fruto. De este modo será para vosotros una palabra de vida, que os enseñará el camino de la felicidad eterna. Amen.